

LIBRO I

DE LAS CAUSAS DEL ADELANTAMIENTO Y PERFECCIÓN EN LAS FACULTADES PRODUCTIVAS DEL TRABAJO, Y DEL ORDEN CON QUE SU PRODUCTO SE DISTRIBUYE NATURALMENTE ENTRE LAS DIFERENTES CLASES DEL PUEBLO

CAPÍTULO I

De la división del trabajo

Los mayores adelantamientos en las facultades o principios productivos del trabajo, y la destreza, pericia y acierto con que éste se aplica y dirige en la sociedad, no parecen efectos de otra causa que de la división del trabajo mismo.

Esta división en los negocios en general de la sociedad se entenderá más fácilmente considerando el modo con que obra en ciertas manufacturas o artefactos particulares. Comúnmente se cree que esta división es mucho mayor en algunos negocios de poca importancia, pero se cree así no porque en realidad sea menos considerada y atendida en los de mayor entidad, sino porque en aquellas manufacturas que se destinan a surtir a un pequeño número de gentes de cosas de poca importancia debe ser también menor el número de los operarios, y por consiguiente todos los que se emplean en los diversos ramos de aquella obra por lo común suelen estar dentro de una sola casa u oficina y aun a la vista de todo espectador. Por el contrario, en aquellas grandes manufacturas destinadas a proveer las exigencias grandes del cuerpo en común, cada uno de los ramos particulares que abraza aquella labor emplea un número tan grande de operarios que es imposible juntarlos en un solo obrador. Con dificultad podremos ver de un golpe más que a los que se emplean en un ramo. Aunque en éstos, pues, en realidad pueda dividirse la obra en un número de partes mucho mayor que en los que se emplean en trabajos o labores

de muy poca o ninguna utilidad, la división del trabajo no puede ser tan obvia, y por consiguiente es siempre menos considerada.

Pongamos el ejemplo en una manufactura de pura bagatela, pero de cuya división de trabajo en sus operaciones es muy vulgar la noticia, cual es la obra de la fábrica de alfileres: un operario de éstos, no habiendo sido educado por principios en su oficio (que la división del trabajo calificó de distinto artefacto), ni teniendo noticia del uso de las máquinas que en él se emplean (a cuya invención dió acaso motivo la división misma), apenas podría acabar, aunque aplicase toda su industria, un alfiler al día, o por lo menos es cierto que no podría hacer veinte. Pero en el estado en que hoy día se halla este oficio no sólo es un artefacto particular la obra entera o total de un alfiler, sino que incluye cierto número de ramos, de los cuales cada uno constituye un oficio distinto y peculiar. Uno tira el metal o alambre, otro lo endereza, otro lo corta, el cuarto lo afila, el quinto lo prepara para ponerle la cabeza; y el formar ésta requiere dos o tres distintas operaciones; el colocarlas es otra operación particular; es distinto oficio el blanquear todo el alfiler; y muy diferente, también, el de colocarlos ordenadamente en los papeles. Con que el importante negocio de hacer un alfiler viene a dividirse en diez y ocho o más operaciones distintas, las cuales en unas cosas se forjan por distintas manos y en otras una mano sola forma tres o cuatro diferentes. He visto un laboratorio de esta especie en que sólo había empleados diez hombres, de los que cada uno, por consiguiente, ejercía dos o tres distintas operaciones de ellas. Pero aunque eran muy pobres, y muy mal provistos de las máquinas necesarias, cuando se esforzaban a trabajar hacían cerca de doce libras de alfileres al día. En cada libra habría más de cuatro mil de mediana magnitud y, por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día más de cuarenta y ocho mil alfileres, cuya cantidad partida entre diez tocaría a cada uno hacer al día cuatro mil ochocientos. Pero si éstos hubieran trabajado separada e independientemente, sin haber sido educados por principios en el oficio peculiar de cada uno, ninguno ciertamente hubiers podido llegar a fabricar veinte alfileres al día, y acaso ni aun uno solo, que es tanto como decir que no haría ciertamente la vicentésima cuadragésima parte, y acaso la cuadrilésima octogésima de los que al presente son capaces de hacer en consecuencia de una división propia y de una juiciosa combinación de sus diferentes operaciones.

En todas las demás manufacturas y artefactos son muy semejantes a los de este oficio frívolo los efectos de la división del trabajo, aunque en muchas de ellas ni éste puede admitir tantas subdivisiones, ni reducirse a una sencillez tan exacta de operaciones. No obstante, la división del trabajo, en cuanto pueda ser admisible, produce en todo oficio y arte un proporcional adelantamiento de las facultades productivas de él. Es de creer que estas ventajas hayan sido causa de la separación que vemos de oficios, tráficos y empleos. Esta separación se ve con más generalidad y perfección en los países que están elevados a más alto grado de industria y cultura, siendo por lo común obra de muchos en un estado culto lo que de uno solo en una sociedad ruda y poco cultivada. En todo país culto y adelantado el labrador no es más que labrador, y el artesano no más que artesano. Aun el trabajo necesario para producir una manufactura completa se reparte por lo general entre muchas manos. ¿Cuántos y cuán distintos oficios no se emplean en cualquiera de los ramos de las manufacturas de lino y lana, desde los que cultivan aquella planta y cuidan del vellón, hasta los blanqueadores y aprensadores de los tejidos y hasta los tintoreros y sastres? La agricultura por su naturaleza no admite tantas subdivisiones del trabajo, ni hay entre sus operaciones una separación tan completa como entre las de las manufacturas. Imposible es separar los ejercicios del ganadero y del labrador, tanto como se separan los ministerios del carpintero y del herrero. El que hila es por lo regular distinta persona del que teje; pero el que ara, el que cava, el que siembra, el que siega y el que recoge el grano suele ser uno mismo. Como que las diferentes estaciones del año van variando las ocasiones de usar sucesivamente de estas distintas especies de trabajo, es imposible que un hombre esté constantemente dedicado a una sola labor de ellas. La imposibilidad de hacer una separación tan entera de los diferentes ramos de la labor en la agricultura es acaso la razón porque el adelantamiento de las facultades productivas del trabajo en este arte no siempre concuerda con los progresos que se hacen en las manufacturas. Es cierto que las naciones más opulentas exceden por lo común a sus vecinas tanto en éstas como en la agricultura; pero es muy regular el aventajarse más en aquéllas que en éstas. Sus tierras se van generalmente mejor cultivadas, y como que se invierte en ellas más dinero y más trabajo producen más, a proporción de la extensión y de la fertilidad natural

de la proporción de aquel mayor trabajo, y más expensas. En la agricultura el trabajo del país rico no siempre es más productivo que el de su terreno; pero la superioridad de su producto rara vez excede del país pobre, o por lo menos nunca excede tanto en lo fecundo como el trabajo en las manufacturas. El grano del país rico no siempre podrá tener el mismo grado de bondad, y caso que lo tenga no siempre podrá ser tan barato en el mercado como lo puede ser el del país pobre. El trigo de Polonia, en un mismo grado de bondad, es tan barato como el de Francia, no obstante la mayor opulencia y mayores adelantamientos de esta última nación. El trigo de Francia en las provincias férciles de este grano es tan bueno, y los más años casi del mismo precio que el de Inglaterra, aunque en adelantamientos y en riquezas acaso Francia es inferior a ésta, sin embargo de que las tierras de Inglaterra están mejor cultivadas que las de Francia y las de esta nación mejor que las de Polonia. Pero aunque un país pobre, no obstante la inferioridad de su cultivo, pueda en cierto modo competir con el rico en la bondad y valor de sus granos, nunca podrá pretender semejante competencia en las manufacturas, a lo menos cuando éstas correspondan a las circunstancias del suelo, del clima y de la situación de un país rico. Las sedas de Francia son mejores y más baratas que las de Inglaterra, porque las manufacturas de seda (a lo menos en las presentes circunstancias de los altos impuestos que se pagan en la introducción de la seda en rama) no son proporcionadas al estado de esta nación; pero las de metales y telas de lana de Inglaterra son sin comparación superiores a las de Francia, y mucho más baratas en igual grado de bondad. En Polonia se asegura no haber más manufacturas que aquellas más groseras y domésticas sin las que país ninguno puede subsistir con conveniencia.

Este considerable aumento que un mismo número de manos puede producir en la cantidad de la obra en consecuencia de la división del trabajo nace de tres circunstancias diferentes¹ de la mayor destreza de cada operario particular,² del ahorro de aquel tiempo que comúnmente se pierde en pasar de una operación a otra de distinta especie y, por último,³ de la invención de un número grande de máquinas que facilitan y abrevian el trabajo, habilitando a un hombre para hacer la labor de muchos.

① En primer lugar, el adelantamiento en destreza hace que el artífice aumente la cantidad de obra que es capaz de producir, y la

división del trabajo, como que reduce la obra del hombre a una operación sola y simple, y como que el operario hace aquel oficio único destino de su vida, no puede dejar de aumentar considerablemente la destreza del artífice. Un herrero que por diestro que sea en el manejo del martillo no se haya acostumbrado a hacer clavos, si en alguna ocasión se ve precisado a intentarlo, seguro es que apenas podrá hacer al día doscientos o trescientos clavos, y aun éstos de muy mala figura y formación. El herrero que estuviese acostumbrado a hacerlos, pero que no fuese éste su único oficio, rara vez, y esto haciendo los mayores esfuerzos, podría llegar a fraguar al día ochocientos. Yo he visto a varios mozos de edad como de veinte años, que por no haber tenido otro oficio que el de hacer clavos, cuando lo ejercían, podía cada uno hacer al día más de dos mil trescientos. El hacer un clavo es sin duda alguna una obra de las más sencillas: una misma persona mueve los fuelles, esfuerza o modera el soplo según el fuego que se necesita, caldea el hierro y forja las partes principales del clavo, y aun al formar la cabeza tiene que mudar de instrumento. Aquellas diferentes operaciones en que está subdividido el trabajo de hacer un alfiler, o un botón de metal, son cada una de por sí mucho más sencillas, y por consiguiente es mucho mayor la destreza del operario, como que no se ocupa en toda la vida en otro ministerio. La velocidad con que se forman algunas de estas operaciones en las manufacturas excede a cuanto pueda figurarse uno que nunca las ha visto, sobre la destreza de la mano del hombre.

② En cuanto a lo segundo, la ventaja que se saca de aprovechar aquel tiempo que por lo regular se pierde al pasar de una especie de labor a otra, es mucho mayor de lo que a primera vista puede imaginarse.

Es imposible pasar con mucha presteza de una obra a otra cuando la segunda se hace en sitio distinto y con instrumentos enteramente diversos. Un tejedor de una aldea o lugar corto, que al mismo tiempo cultiva alguna porción de terreno, no podrá menos de perder una gran parte de tiempo al pasar desde el telar al campo, o al volver desde el campo a su telar. Cuando las dos labores pueden hacerse en un mismo sitio no hay duda que se perderá mucho menos tiempo, pero aun en este caso es la pérdida muy considerable. No hay hombre que no haga alguna pausa, aunque pequeña, para pasar la mano de un empleo a otro. Cuando principia la nueva obra rara vez parece

suave de llevar, y hasta pasado algún tiempo no se aficiona a ella; no está para ello, según los mismos artesanos se explican, y por algún rato más bien es juego que aplicación el principio de aquella labor. La costumbre de pararse, o de hacer pausas, y la de una aplicación floja e indolente que naturalmente, y aun por necesidad, adquiere un artesano que se ve obligado a mudar a cada hora de labor y de instrumentos, y de emplear sus manos en veinte modos de vivir, le hace por lo regular dejado y perezoso, y aun en las ocasiones más urgentes incapaz de una aplicación vigorosa. Aquel descuido, aquella desidia en un punto tan importante como la destreza que no tiene, es suficiente causa para limitar la cantidad de obra que sería capaz de producir.

En cuanto a lo tercero y último, ¿quién habrá que no conozca ③ lo mucho que facilita y abrevia el trabajo la aplicación y la maquinaria propia? Esta verdad no necesita comprobarse con ejemplos, y así sólo diré que la invención de aquellas máquinas que facilitan y abrevian el trabajo parece debida en su origen a la división del trabajo mismo. Cuando un hombre tiene puesta toda su atención en un objeto solo, está en aptitud más propia para descubrir los medios más oportunos y expeditos para tocar en el punto deseado, que cuando su imaginación se disipa con la mucha variedad de materias, y como en consecuencia de la división del trabajo fija su atención naturalmente en un objeto solo y simple, uno u otro de aquellos que se emplean en algún ramo particular de un artefacto es muy regular que encuentre en breve con el método más fácil y pronto de perfeccionar su operación, en cuanto lo permita la naturaleza de la obra que emprende. Una gran parte de las máquinas empleadas en aquellas manufacturas en que se halla muy subdividido el trabajo fueron en su origen inventos de algún artesano, que embebido siempre en una simple operación hizo conspirar todas sus ideas en busca del método y medio más fácil de hacerla y perfeccionarla. Cualquiera que se haya ocupado en visitar las oficinas de estas manufacturas habrá visto muchas y buenas máquinas inventadas por los mismos operarios para facilitar cada uno el ramo peculiar de su obra. En las primeras máquinas que se inventaron para tostar o asar, se ocupaba inseparablemente un muchacho en abrir y cerrar alternativamente la comunicación entre el asador y el cilindro según que ascendía o descendía el émbolo de ella; uno de estos muchachos, desecoso de ir a jugar con

sus compañeros notó que atando una cuerda desde la extremidad de la válvula, o puertecilla que franqueaba la comunicación a la otra parte de la máquina, la válvula podía abrirse y cerrarse sin su asistencia, con lo que quedaba en libertad para irse a divertir con los otros niños de su edad, y de este modo uno de los mayores adelantamientos que se han verificado en estas máquinas desde su primer invento debió su descubrimiento a un muchacho que quería jugar con sus compañeros, y para conseguirlo necesitaba excusar algún trabajo.

No por esto podrá decirse que todos los adelantamientos de la maquinaria han sido inventos de los mismos que las usaron en sus oficios. Muchos de estos progresos han sido efectos de la destreza de los que han hecho las máquinas mismas, habiendo tomado por oficio la construcción de ellas, y algunos otros de la penetración de los que llamamos filósofos, u hombres contemplativos en la especulación filosófica, cuyo ministerio no es hacer sino observar todas las cosas, y quienes por este respecto son a veces capaces de combinar las virtudes físicas y activas de los objetos más desemejantes y desunidos. Con los progresos y adelantamientos de la sociedad, la Filosofía y la especulación llegó a ser, como cualquier otro empleo, una ocupación y destino peculiar de cierta clase de ciudadanos, y como cualquiera otro empleo también está aquella subdividida en un número grande de ramos diferentes, cada uno de los cuales da cierta ocupación peculiar a distintas clases de filósofos, cuya subdivisión de empleos en la Filosofía, así como en los demás ejercicios, perfecciona la destreza y ahorra mucho tiempo que se perdería de lo contrario. Cada uno, pues, de los individuos de la sociedad, se hace más experto, se produce más obra en todo el cuerpo común de ella, y las ciencias y artes reciben una perfección y aumento considerables.

La multiplicación grande de producciones, que en todas las artes dimana de la división del trabajo, es lo que en una sociedad bien ordenada produce aquella opulencia universal que se extiende hasta por las clases inferiores del pueblo. Todo trabajador, todo artesano tiene más obra propia de qué disponer que la que necesita para sí mismo, y cualquiera de los otros artesanos y trabajadores, como que se hallan todos en la misma situación, están en aptitud de cambiar gran cantidad de sus propios bienes por otra igual de los ajenos, o por el precio, que es lo mismo, de igual cantidad de los otros. El uno provee a otro de lo que le hace falta, y éste a aquél recíprocamente,

y de este modo viene a difundirse en todas las clases de la sociedad una plenitud general y admirable.

Obsérvense las conveniencias que disfruta un artesano o un jornalero en un país civilizado y activo, y se verá que excede a toda computación el número de gentes que concurren a suministrarle aquellas conveniencias, procurándose las cada uno con una parte aunque leve de su industria. Una capa, o una manta de lana, por ejemplo, que cubre a un pobre jornalero, por grosera que sea, es producción del trabajo junto de una multitud de operarios diferentes. El pastor, el que separa las clases de lana, el cardador, el tintorero, el hilandero, el tejedor, el batanero, el sastre, y otros muchos, todos tienen que juntar sus operaciones para llegar a completar una producción tan grosera y tan basta. ¡Cuántos tratantes y arrieros, además de esto, no se habrían empleado, antes de aquella labor, en transportar los materiales de unos a otros de aquellos mismos artesanos que a veces suelen vivir en pueblos muy distantes! ¡Qué comercio, qué navegaciones, cuántos artífices y constructores de marina, cuántos marineros, cuántos fabricantes de velas y jarcias, no se emplearían para conducir solamente las drogas o ingredientes de que usa el tintorero, las cuales suelen traerse de las partes más remotas del mundo! ¡Y qué variedad de trabajos y de laboratorios no se necesitan para formar los instrumentos del más rudo y basto de aquellos artefactos! Dejando aparte las complicadas máquinas del buque del marinero, del batán del lavandero, y del telar del tejedor, considérese solamente qué variedad de labores y de trabajo se requiere para llegar a concluir aquella simple máquina de las tijeras con que el esquilador corta la lana de una oveja. El minador, el constructor del horno para fundir la materia mineral, el leñador, el carbonero, el que hace la masa del crisol, el que lo forma, el obrero que asiste al horno, el de martinete, el forjador, el herrero, todos deben juntar sus artes respectivas para producir el sencillo artefacto de unas tijeras. Si pasamos a examinar del mismo modo todas las partes de que constan sus pobres vestidos, el miserable aparato de su casa, la áspera camisa que cubre sus carnes, los zapatos que defienden sus pies, la cama en que descansa con todos los artículos que la componen, el hogar en que prepara su rústico alimento, el carbón de que usa para este intento sacado de las entrañas de la tierra, o cortado de los duros troncos, y acaso conducido allí a expensas de dilatadas



navegaciones por inmensidad de mares; todos los utensilios de su triste cocina, el humilde servicio de su mesa, el cuchillo, los platos de madera o barro, las diferentes manos empleadas en preparar su pan y su vino, la vidriera, el encerado que le sirve de abrigo para que sin impedir la luz le reserve del viento y de la lluvia, con todos los conocimientos y máquinas que se necesitan para preparar aquel feliz y precioso invento, sin el que en las regiones frías apenas podrían habitar los humanos, juntamente con los instrumentos innumerables de indispensable uso para todos los artesanos y operarios que se emplean en tan diversos ministerios como son necesarios para proporcionar a un infeliz tan escasas conveniencias. Si nos paramos, digo, a examinar todas estas cosas y a considerar la variedad de trabajo que se emplea en cualquiera de ellas, veremos palpablemente que, sin la concurrencia de millares de hombres, la persona más humilde de una sociedad civilizada no podría proveerse de aquellas cosas que se tienen por más bajas y despreciables en el estado abatido de un pobre jornalero, en que vive gustoso y acomodado. Y a la verdad que comparada su situación con el extravagante lujo del Grande no puede menos de parecer simple y frugal; pero, con todo eso, acaso es también cierto que el ostentoso estado de un Príncipe europeo no excede tanto al de un rústico industrioso y frugal, como el de este último excede al de muchos Reyes africanos que son dueños absolutos de las vidas y libertad de diez mil o más salvajes desnudos.

CAPÍTULO II

Del principio que motiva la división del trabajo

Esta división del trabajo, que tantas ventajas trae a la sociedad, no es en su origen efecto de una premeditación humana que prevea y se proponga, como fin intencional, aquella general opulencia que la división dicha ocasiona: es como una consecuencia necesaria, aunque lenta y gradual, de cierta propensión genial del hombre que tiene por objeto una utilidad menos extensiva. La propensión es de negociar, cambiar o permutar una cosa por otra.

No es nuestro propósito inquirir si esta propensión es uno de aquellos principios ocultos de que en la naturaleza humana no puede darse, en su línea, ulterior razón, o si es, según parece más probable, una consecuencia de la razón del hombre, de su discurso y de su facultad de hablar. Lo cierto es que es común a todos los hombres, y que no se encuentra en los demás animales, los cuales ni conocen, ni pueden tener idea de contrato alguno. Dos perros que corren una misma liebre, suele parecernos que obran con algún concierto. Cada uno de ellos la hostiga a veces hacia su compañero, o procura interceptarla cuando el otro la echa hacia él; pero quién ha de dudar que esto ni es, ni puede ser efecto de convenio entre ellos, sino de la concurrencia accidental de la propensión de ambos hacia un mismo objeto y a un tiempo mismo. Nadie habrá visto que un perro haga con otro un cambio deliberado de un hueso que le haya ofrecido la suerte. Nadie vió jamás a un animal significar a otro, con sus gesticulaciones y articulaciones guturales, esto es mío, aquéllo es tuyo, o yo quiero dar ésto por aquéllo. Cuando a un bruto falta alguna cosa que quiere conseguir de un hombre, o de otro bruto, no tiene más remedio de persuasión que granjear con halagos la gracia de aquel de quien él aprende que ha de recibir lo que busca. Un cachorro acaricia a su madre, y un perro procura con mil halagüeños movimientos llamar la atención de su dueño cuando se sienta a comer, si ve que no le dan el alimento que necesita. El hombre con una razón superior a aquel instinto usa de las mismas artes con sus hermanos, y cuando no halla

CAPÍTULO VII

Del precio natural, y del actual o mercantil de toda cosa permutable

En todo país, o comunidad de gentes, hay cierto precio ordinario o sentado, así de los salarios, como de las ganancias de cuantos empleos se hacen del trabajo, y de los fondos. Este se regula naturalmente, como veremos más adelante, parte por las circunstancias generales del país, de su riqueza, pobreza, condición progresiva, estacionaria o declinante, y parte por la naturaleza misma del empleo particular.

Hay también en toda sociedad un precio medio, o una regulación ordinaria de las rentas de la tierra, que se gobierna asimismo parte por las circunstancias dichas de cada Provincia, y parte por la fertilidad natural del terreno.

Estos precios comunes y ordinarios pueden llamarse naturales, tanto con respecto a los salarios como a las ganancias y rentas, en aquel tiempo y lugar en que generalmente prevalecen.

Cuando el precio de una cosa ni es más ni es menos que lo suficiente para pagar la renta de la tierra, los salarios del trabajo y las ganancias del fondo empleado en crearla, prepararla y ponerla en estado y lugar de venta según sus precios naturales o comunes, se dice que la cosa se vende por su precio natural.

Se vende entonces por lo que precisamente merece, o por lo que realmente cuesta al que la conduce al mercado o pone en estado de venta; porque, si bien en el modo común de hablar lo que se llama primer coste de una cosa no comprende las ganancias de la persona que la vende, ¿quién duda que, en realidad, si ésta la vendiese a un precio que no rindiere el regular de las ganancias en su respectivo país, perdería evidentemente en el trato? Pues, empleando aquel mismo fondo, de cualquier otro modo hubiera sacado aquella ganancia. Fuera de esto, su ganancia es su renta, puesto que es el único fondo de su subsistencia y mantenimiento. Así como todo aquel tiempo en que está preparando la cosa para venderla adelanta a sus operarios los salarios y el sustento, así también se adelanta a sí mismo su mantenimiento y subsistencia, la cual debe guardar proporción con aquella

ganancia que razonablemente puede esperar de la venta de su obra. Si ésta, pues, no le rinde tal ganancia, no podrá decirse, con verdad, que será pagado el coste de ella.

Aunque el precio, o cuota de esta ganancia, no siempre es el más bajo a que puede a veces vender un negociante sus mercaderías, por lo menos es el más bajo a que razonablemente puede darlas, atendidas las circunstancias del tiempo en que las vende, especialmente cuando en el tráfico respectivo hay perfecta libertad, o está en país en que puede mudar de negociación siempre que quiera.

El precio actual a que comúnmente se venden las mercaderías es el que llamamos precio del mercado, el cual puede ser, o el mismo natural, o superior o inferior a éste.

El precio actual dicho, en cada cosa en particular, se regula por la proporción entre la cantidad que de ésta hay actualmente en el mercado y la concurrencia de los que desean pagar el precio natural de ella, o todo el valor de la renta, trabajo y ganancia que se haya verificado hasta haberla conducido allí para su venta. Estos concurrentes pueden llamarse compradores, o empleantes efectivos, y su solicitud por el género, con una disposición eficaz de comprarlo por su justo valor, la demanda efectiva (*), pues que ésta es causa suficiente para la efectiva conducción de los géneros al mercado. Esta demanda es muy diferente de la general o ineficaz. Un pobre, en cierto modo, puede decirse que pide, desea o necesita un coche, y supongamos también que puede en efecto tenerlo, pero su demanda no es propiamente efectiva, ya que por satisfacer sus deseos ineficaces nunca será llevada al mercado aquella mercadería.

Cuando la cantidad del género que se lleva a vender no alcanza para la efectiva demanda, no puede satisfacerse toda aquella cantidad que piden los que están dispuestos a pagar el valor íntegro de la renta, salarios y ganancias que corresponden al género hasta haberlo puesto en aquel estado. Por no quedarse sin aquellas mercaderías, habrá quien esté dispuesto a pagar algo más de aquel valor total de ellas. Principiará entonces entre los compradores cierta competencia, y el precio del mercado subirá, más o menos sobre el natural, según que aquella falta aumente más o menos el empeño de llevarlas. La escasez misma

(*) Esta expresión debe tenerse muy presente, porque ocurre a cada paso en el discurso de esta obra y acaso no hay otra más enérgica que explique mejor todo aquel sentido en pocas palabras.

habrá de ocasionar más o menos competencia, según que sea de más o menos importancia para los competidores la adquisición de aquella mercadería, y de aquí nace aquel exorbitante precio que toman en el bloqueo, por ejemplo, de una plaza, los géneros de primera necesidad para la vida, como sucede también en un caso de hambre o calamidad universal.

Por el contrario, cuando la cantidad conducida al mercado excede de la demanda efectiva, no puede venderse toda entre aquellos que están dispuestos a pagar el valor íntegro de las rentas, salarios y ganancias que costó la mercadería hasta su efectiva conducción al lugar de su venta. Parte de ella tiene que venderse a los que no quieren pagar tanto, y aquel inferior precio que éstos dan por ella rebaja el precio general de todo el mercado. Entonces éste bajará más o menos con respecto al natural, según que la abundancia del género aumente más o menos la competencia de los vendedores, o según que le sea más o menos importante vender su mercadería inmediatamente. Esta misma abundancia, en los géneros que fácilmente se pierden o deterioran, ocasionará mayor competencia para su despacho entre los vendedores, que los que son de más duración o más a propósito para conservarse.

Cuando la cantidad conducida al mercado es bastante, y no más, para satisfacer la demanda efectiva, el precio del mercado queda exactamente en su natural, o a lo menos cuando prudencialmente puede creerse que se aproxima a él. Toda la cantidad de género se despacha a razón de ésta, y no podrá despacharse en más. La competencia obligará a los vendedores a aceptar este precio, pero no otro menor.

Como que el valor mercantil de toda mercadería conducida al mercado corresponde regularmente a la demanda efectiva, es en interés de todos los que emplean sus tierras, su trabajo y sus caudales en ponerla en aquel estado, que su cantidad no exceda de la efectiva demanda, y es interés de todo el pueblo que nunca sea menos.

Si alguna vez excede de la demanda, alguna de las partes componentes de su valor se habrá de pagar a menos precio que su natural. Si esta parte es la renta de la tierra, el interés de los dueños hará que escasee su producción, y si es salario o ganancia, el interés del trabajador, por un lado, y del empresario, por otro, hará que retiren parte de su trabajo o de su caudal de aquel empleo, con lo cual la cantidad que se conduzca al mercado será en breve tiempo la que baste única-

mente para satisfacer la demanda efectiva, y con esta operación todas las partes componentes del precio volverán al nivel de su valor respectivo, al igual que el todo a su precio natural.

Si por el contrario la cantidad conducida al mercado fuese alguna vez menos que la que necesita la efectiva demanda, alguna de las partes componentes de su precio levantará sobre el natural. Si es renta, el interés de los dueños hará que preparen éstos más tierras para el cultivo de aquel fruto; si es salario o ganancia, el interés respectivo del trabajador y del empresario les obligará a emplear en ello más trabajo o más caudal. Así, muy presto, la cantidad que de aquel género se lleve al mercado alcanzará para la demanda efectiva, con cuya operación también todas las partes componentes del precio bajarán hasta el nivel de su valor y el todo a su precio natural.

Este viene a ser como un precio céntrico hacia donde gravitan todos los precios de las mercaderías. Varios accidentes pueden a veces tenerlos suspensos a distancia, y otros forzarlos algo más abajo de su centro mismo; pero sean los que fuesen los obstáculos que les impidan su descanso en él, aquéllos nunca cesan de gravitar conforme a su propensión.

De este modo, pues, toda la cantidad de la industria empleada anualmente en conducir al mercado, o poner en estado de venta cualquier mercadería, corresponde a la demanda efectiva. Naturalmente, la industria procura llevar aquella cantidad precisa que es suficiente para satisfacer la dicha demanda, y nunca exceder de esta cantidad.

Pero, en ciertos empleos, una misma cantidad de industria producirá en distintos años muy distintas porciones de mercaderías, y en otros dará de sí la misma o casi la misma. Un mismo número de obreros producirá en el campo, en años distintos, muy diferentes cantidades de trigo, vino, aceite y otras producciones; pero un mismo número de hilanderos y tejedores producirá en cada año por un cómputo regular, casi la misma cantidad de lienzos o telas. En cierta especie de industria el producto medio es el que regularmente puede corresponder, por todos respectos, a la efectiva demanda, y como su actual producto es frecuentemente mucho mayor, o mucho menor que el medio o computativo, la cantidad que de estas mercaderías se lleve al mercado excederá considerablemente o quedará del mismo modo escasa con respecto a la demanda efectiva. Y así, aun cuando esta demanda permaneciese siempre la misma, el precio del mercado en aque-



llas cosas estará expuesto a infinitas fluctuaciones, excediendo unas veces en mucho, y otras ni con mucho llegará a su precio natural. En las otras especies de industria, en que es el mismo siempre o casi el mismo, el producto de iguales cantidades de trabajo puede muy bien coincidir, por lo regular, con la demanda efectiva, de manera que, mientras ésta permanezca en un mismo estado, el precio de aquellas mercaderías se mantendrá también lo mismo, o se aproximará todo cuanto puede creerse a su precio natural. Que los precios de lienzos, tejidos y otras cosas como éstas, no están expuestos a tantas ni tan grandes fluctuaciones como los del trigo, no habrá a quien no tenga convencido la experiencia. El precio de las primeras varía solamente con las variaciones de la demanda efectiva; el de las segundas no sólo con éstas, sino con las de la misma cantidad que puede o no llevarse al mercado, que son mayores y más frecuentes.

Las fluctuaciones accidentales, y por cierto tiempo solamente, del precio mercantil de cualquier cosa, recaen principalmente sobre aquellas partes de precio que se reducen a salarios y ganancias, porque la que se resuelve en renta de la tierra apenas tiene en ello influencia alguna. Una renta fija en dinero ninguna impresión recibe de aquellas variaciones, ni en su valor, ni en su valuación. La que consiste en cierta cantidad de fruto recibe alguna, en cuanto a su valor anual, en todas las fluctuaciones accidentales y temporales del precio de este fruto en el mercado; pero apenas siente alteración en su cómputo anual, porque, al establecer las cláusulas del contrato, el señor y el colonio procuran, por un juicio prudente, ajustar el precio no al ocasional y transitorio, sino al medio o más constante de aquel producto.

Estas fluctuaciones obran tanto en el valor como en la valuación de salarios y ganancias, según que el mercado está más o menos provisto de mercadería o de trabajo, de obra hecha o de obra por hacer. Un luto público levanta el precio de la ropa negra de que el mercado está por lo regular escaso en tales ocasiones, aumentando las ganancias de los mercaderes que tienen a la sazón cantidad considerable de ellas. Ningún efecto produce en los salarios de los tejedores, porque a la sazón el mercado está escaso de mercaderías y no de trabajo, de obra hecha y no de obra por hacer; pero levanta los jornales de los sastres, porque en este respecto está escaso de trabajo y se verifica una demanda efectiva de obra por hacer, más que de obra hecha.

Aquella misma causa baja el precio de las ropas de otro color y de seda, y por tanto baja también la ganancia de los mercaderes que por casualidad tienen en aquella ocasión cantidades considerables de éstas. Bajan también los salarios de los que se ocupan en prepararlas, durante aquellos seis o doce meses en que se contiene la demanda efectiva de tales géneros, y el mercado entonces abunda de mercaderías y de trabajo de esta especie.

Pero aunque el precio común o del mercado está continuamente gravitando, digámoslo así, hacia el precio natural, a veces ciertos accidentes, otras las causas naturales, y las órdenes también de la policía económica, suelen en muchas mercaderías mantener, por mucho tiempo y en gran manera, sobre el precio natural, el del mercado o común.

Cuando por aumentarse la demanda efectiva de alguna mercancía particular levanta su precio mercantil sobre el natural, los que emplean sus fondos en surtir de ellas al mercado cuidan, por lo general, de ocultar esta novedad. Cuando se llegan a saber las grandes ganancias que otros se prometen, les inducen a emplear sus caudales en el mismo género, con lo cual, al poco tiempo, sobra para satisfacer la demanda, viniendo el precio del mercado a reducirse a su natural y, acaso, a mucho más bajo precio. Si el mercado está distante del lugar de sus abastecedores, pueden a veces tener oculto este monopolio años enteros, y en todo este tiempo disfrutar sin rival de sus extraordinarias ganancias; pero no hay duda que son muy difíciles de guardar mucho tiempo los secretos de esta especie, y la ganancia extraordinaria no puede durar más que mientras esté ignorada, o muy poco más.

Los secretos en las manufacturas son más fáciles de guardar que los del comercio a negociación. Un tintorero que descubre un modo ventajoso de dar cierto color particular con materiales que cuestan la mitad de los que comúnmente usan otros para el mismo fin, puede con facilidad disfrutar de la ventaja de su descubrimiento mientras viva, y aun dejar el secreto legado a su posteridad. Estas ganancias extraordinarias que con ello haga nacerán del alto precio que se le paga por su trabajo peculiar, pero, aunque propiamente consisten en los altos salarios de su trabajo, como se repiten sobre cada una de las partes de su caudal, y como todas ellas en aquel respecto guardan pro-

problemas?

porción con él, se consideran vulgarmente como ganancias extraordinarias de su fondo o capital.

El encarecimiento del precio del mercado es ciertamente efecto de varios accidentes particulares, pero cuya influencia puede durar muchos años consecutivos.

Hay frutos naturales que requieren tales circunstancias de suelo y situación, que toda la tierra que en ciertos países es apta para su producción puede no ser suficiente para satisfacer la demanda efectiva. Toda la cantidad que de estos frutos se lleve al mercado irá a parar a poder de aquellos que dan gustosamente más de lo que es suficiente para pagar por sus precios naturales la renta de la tierra que los produjo, los salarios de los obreros, las ganancias del fondo empleado en su labor y en ponerlos en estado de venta. Estas mercaderías pueden continuar vendiéndose siglos enteros a un precio muy alto, en cuyo caso la parte que excede en este precio es la que se reduce a la renta de la tierra, pues ésta es la que se paga entonces sobre su precio natural. Las rentas de aquellas tierras que producen unos frutos singularmente estimados, como de algunos viñedos de España y Francia en ciertos suelos fértiles en este ramo, no guardan proporción regular con las de otros terrenos igualmente fértiles y cultivados, pero sobre otros artículos, en los mismos contornos. Y, por el contrario, los salarios o jornales de los obreros, y las ganancias de los fondos empleados en poner aquellos frutos en estado de venta, rara vez salen de su natural proporción con los de otras cosas que se llevan también al mercado de los mismos territorios. Estos encarecimientos del precio son evidentemente efectos de unas causas naturales que pueden impedir el que la efectiva demanda se vea jamás satisfecha abundantemente, y que pueden continuar obrando del mismo modo siempre.

Un monopolio o privilegio exclusivo, concedido a un individuo o a una compañía comerciante, produce el mismo efecto que un secreto hallado privadamente en un tráfico o en una manufactura. Los monopolizadores, manteniendo siempre escaso y mal provisto el mercado, y no satisfaciendo jamás la efectiva demanda, venden sus géneros a mucho más caro precio que el natural, subiendo sus emolumentos, bien sean de salarios, bien de ganancias, hasta un valor excesivo sobre su natural proporción.

El precio monopolio es siempre el mayor y más alto a que puede

ascender el valor de una cosa. El natural, por el contrario, como que es el precio del libre comercio o competencia libre, es el menor y más bajo a que puede cómodamente regularse, y el que tienen las mercaderías, no en todas ocasiones, sino por espacio de períodos considerables. El primero es el mayor que puede exigirse de los compradores, o el más alto a que se supone que éstos pueden condescender; el segundo el más bajo a que pueden reducirse los vendedores para continuar su tráfico sin pérdida.

La misma tendencia tienen, aunque no en un mismo grado, los privilegios exclusivos de los cuerpos, los estatutos de aprendizaje y todos aquellos reglamentos que restringen en ciertas negociaciones particulares la libre competencia, concediéndolo todo a un corto número de los que se emplean en aquellos ramos. Estas restricciones son una especie de monopolio en su sentido lato, y son capaces de mantener siglos enteros, en ciertos negocios, el precio común del mercado sobre el natural, extendiéndose aún este encarecimiento a los salarios del trabajo y a las ganancias de fondo. Pero este encarecimiento podrá durar aquel tiempo solamente en que no quieran corregirlo, o que se permita por los estatutos y reglamentos de la policía económica.

El precio mercantil de cierto género particular puede continuar mucho tiempo sobre su precio natural, pero el precio inferior a éste nunca puede ser durable. Inmediatamente que se verifica la rebaja de una parte del precio natural, el interesado que conoce la pérdida retirará desde luego, de aquel empleo, la tierra o el trabajo, o el caudal hasta en la cantidad que baste para no llevar más producción de aquel género al mercado que la que corresponda precisamente a la demanda efectiva, con cuya operación, muy presto, el precio del mercado levantará otra vez hasta su natural. Este sería por lo menos el caso en donde hubiese perfecta libertad de comercio.

Los mismos estatutos de aprendizaje u ordenanzas de gremios y compañías, que cuando prospera una manufactura habilitan a sus individuos para levantar exorbitantemente sus salarios sobre la cuota natural, les obligan también, en decayendo, a bajarlos excesivamente con respecto al natural precio. Y así como en aquel caso estas ordenanzas excluyen a muchos del empleo en aquellas manufacturas, así en el otro excluyen al mismo gremio o compañía de muchos empleos más que harían ellos mismos. Pero los efectos de semejantes estatutos

Producción
que no
puede au-
mentarse

gremiales no son tan variables en bajar los precios de los jornales de los operarios, como en levantarlos sobre su cuota natural. La influencia de ellos, en el primer caso, puede durar siglos enteros; pero, en el segundo, sólo el tiempo de la vida de aquellos operarios que aprendieron el oficio en tiempo de prosperidad, porque, luego que éstos mueran, el número de los que después aprenden aquel modo de vivir vendrá a proporcionarse, según la experiencia, con lo que requiera la efectiva demanda, y no más. Toda política que hiciese que en ciertos ramos particulares, por siglos enteros y en continuadas generaciones, bajasen los salarios del trabajo y las ganancias de los fondos más allá de su precio natural, sería tan violenta como la del Indostán y la del antiguo Egipto, en donde todo hombre estaba obligado, por principio supersticioso de religión, a seguir la ocupación de sus padres, y en donde se suponía cometer el más abominable sacrilegio en mudar de un oficio a otro, o de una negociación a otra.

Esto es lo que por ahora me ha parecido necesario advertir en cuanto a separarse el precio común del mercado del precio natural, tanto transitorio como permanente en cualquier mercadería.

El precio natural mismo varía también con las fluctuaciones del peculiar que tiene cada una de sus partes componentes, salarios, renta y ganancia, variando éste en toda sociedad según sus circunstancias, su riqueza o pobreza, y su estado progresivo, estacionario o decadente. En los cuatro capítulos siguientes procuraré explicar, con la distinción y claridad posibles, las causas de estas diferentes variaciones peculiares de cada parte.

En el primero, mostraré cuáles sean las circunstancias que determinan naturalmente el precio de los salarios, y de qué modo influyen en estas circunstancias la riqueza o pobreza, así como el estado progresivo, estacionario o retrógrado de una sociedad.

En el segundo, procuraré manifestar cuáles sean las circunstancias que prescriben naturalmente la cuota de las ganancias, y de qué modo también aquellas diferencias del estado de la sociedad obran en dichas circunstancias.

Aunque los salarios y las ganancias pecuniarias, o en dinero, sean muy diferentes en empleos distintos del trabajo y de los fondos, no obstante, se advierte siempre cierta proporción entre los salarios pecuniarios de diferentes empleos del trabajo y las ganancias asimismo pecuniarias entre los diversos empleos de los fondos, cuya proporción,

como se verá después, depende en gran parte de las diferentes leyes de policía económica de la sociedad o país en que se manejan. Pero, en esta proporción, es muy poco lo que obra la riqueza o pobreza del país, ni su condición progresiva, estacionaria o decadente, sino que permanece siempre la misma, o casi idéntica, en todos estos diferentes estados, por lo que, en tercer lugar, haré ver las diferentes circunstancias que regulan esta proporción.

En cuarto y último, procuraré demostrar cuáles sean las que regulan las rentas de las tierras y alzan o bajan el precio real de las diferentes sustancias que producen.

CAPÍTULO VIII

De los salarios del trabajo

SECCIÓN I

El producto del trabajo es la recompensa natural o el salario del trabajo mismo. En aquel primer estado de las cosas, que suponemos haber precedido a la propiedad de las tierras y a la acumulación de fondos, todo el producto del trabajo pertenecía al trabajador: ni en él había propietario, ni otra persona con quien partirlo por derecho de señorío o dominio.

Si este estado hubiera permanecido, los salarios del trabajo o su recompensa hubieran ido aumentándose, creciendo a la vez las facultades productivas a cuya perfección dió fomento la división del trabajo. Todas las cosas hubieran ido abaratándose gradualmente, o hubieran ido produciéndose con menos cantidad de trabajo, y como en este estado las cosas producidas habían de permutarse naturalmente por otras de igual cantidad de trabajo ajeno, hubieran sido adquiridas también por menos cantidad del propio.

Pero aunque todas las cosas hubieran sido en realidad más baratas, algunas de ellas al parecer hubieran sido tenidas por más caras que antes, y se hubieran permutado por mayor cantidad de otros bienes. Supongamos, por ejemplo, que en los más de los negocios hubieran adelantado diez veces las facultades productivas del trabajo, y que, en cierto negocio particular, no habían adelantado más que un doble, o que el trabajo de un día hubiese podido producir solamente dos veces más cantidad de obra que antes: en el cambio del producto de un día por el del trabajo de otro día, la cantidad de obra, diez veces multiplicada en el primer empleo, sólo podría comprar una cantidad duplicada en el segundo. En este último, cualquier cantidad parecería cinco veces más cara que antes, pero, en realidad, sería dos veces más barata; porque aunque necesitase para adquirirla de una cantidad de otros bienes cinco veces mayor, también es cierto que no necesitaría más que una mitad de la cantidad de tra-

bajo, tanto para comprarla como para producirla. Por consiguiente, esta adquisición era ya dos veces más fácil de lo que había sido antes.

Pero aquel estado primitivo, en que el trabajador gozaba de todo el producto de su propio trabajo, no podía permanecer después de introducida la propiedad de tierras y la acumulación de fondos. Por tanto, debemos suponer que ni aun rastros quedaron de aquel estado mucho antes de que se verificasen los progresos considerables que se han hecho en nuestros siglos, en las facultades o principios productivos del trabajo, y así no será del caso empeñarnos en más indagaciones sobre cuáles pudieran haber sido sus efectos en la recompensa o salarios del trabajo.

Desde que una tierra principia a conceer dueño o propietario, principia el señor también a exigir una parte de todo cuanto producto puede sacar de ella el labrador o trabajador, con lo cual su renta es la primera deducción que se hace del producto del trabajo que se emplea en la labor de la tierra.

Rara vez puede presumirse que la persona que labra tenga para mantenerse otro fondo que aquél hasta la recolección de los frutos. Su subsistencia se le adelantará por aquel que tenga suficiente fondo para suplirla, esto es, por el labrador que emplea su caudal en este ramo, y que no tendría motivo ni estímulo para emplearlo a no tener parte en el producto de aquel trabajo, o a menos que no tuviera la esperanza de reemplazar su capital con alguna ganancia más, con lo que esta ganancia misma viene a ser la segunda deducción que se hace del producto de aquel trabajo que se emplea en la tierra.

A la misma deducción de ganancia está sujeto el producto de cualquier otro trabajo. En todas las artes y manufacturas, la mayor parte de los operarios necesitan de un empresario que les adelante los materiales de su obra, sus salarios y su sustento hasta concluirlos. Este participa del producto del trabajo de ellos, o del valor que se añade a los materiales adelantados, en cuya participación consiste su ganancia.

Sucedo también que un artesano independiente tenga, por sí, suficiente caudal para adelantar los materiales de su obra, suplir los salarios y mantenerse hasta concluir y perfeccionar su manufactura. Este es, a un tiempo, señor y operario, gozando de todo el producto de su trabajo, o de todo el valor que se añade a los materiales en que